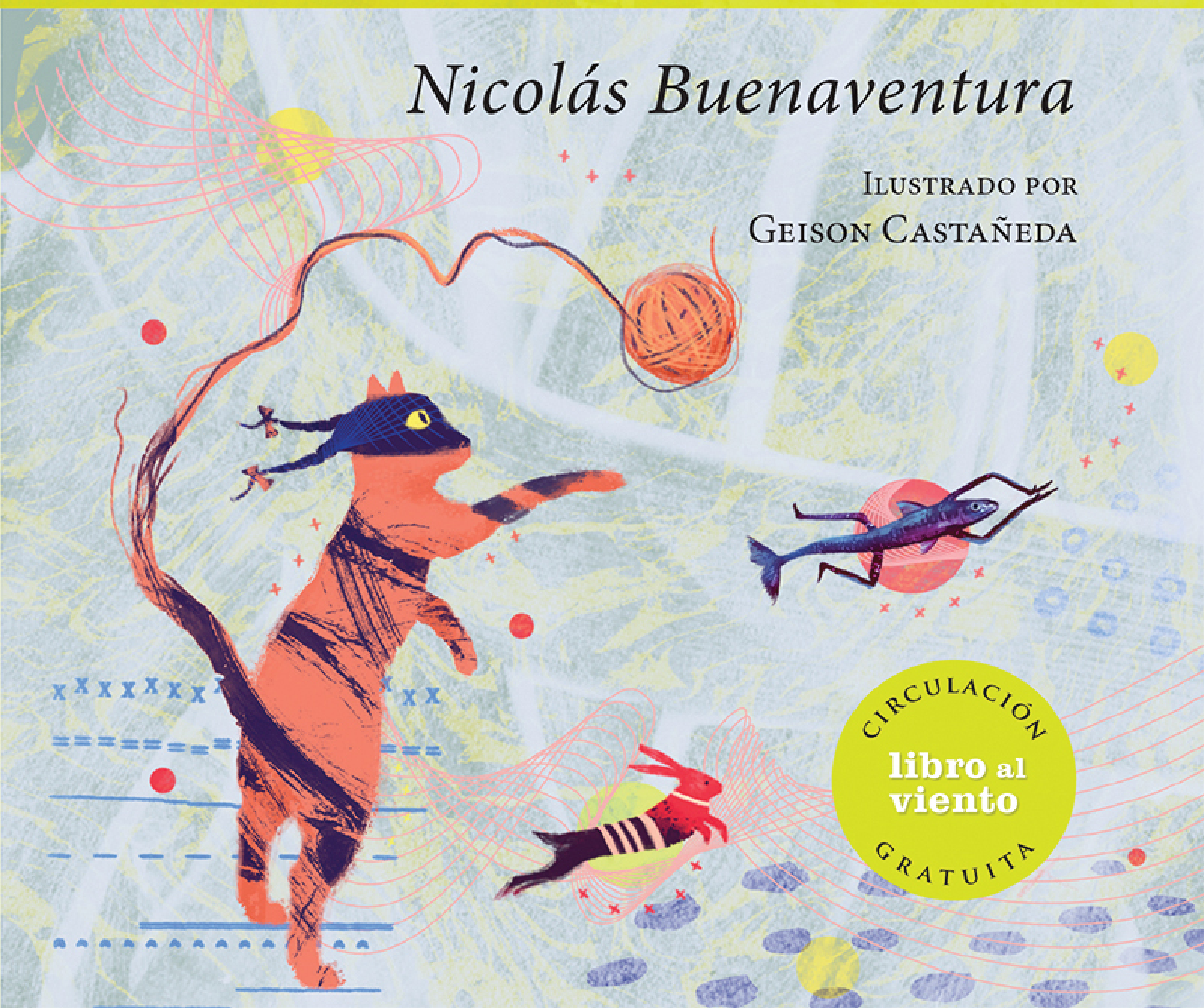
La dicha de la palabra dicha



Nicolás Buenaventura

Ilustrado por
Geison Castañeda

LIBRO AL VIENTO INICIAL



La dicha de la palabra dicha

Nicolás Buenaventura

Ilustrado por
Geison Castañeda





ALCALDÍA MAYOR DE BOGOTÁ
Enrique Peñalosa Londoño, Alcalde Mayor de Bogotá
María Claudia López Sorzano, Secretaria de Cultura, Recreación y Deporte

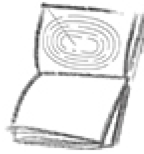
INSTITUTO DISTRITAL DE LAS ARTES – IDARTES
Juliana Restrepo Tirado, Directora General
Jaime Cerón Silva, Subdirector de las Artes
Lina María Gaviria Hurtado, Subdirectora de Equipamientos Culturales
Liliana Valencia Mejía, Subdirectora Administrativa y Financiera
Ana Catalina Orozco Peláez, Subdirectora de Formación Artística

Alejandro Flórez Aguirre, Gerente de Literatura
Carlos Ramírez Pérez, Olga Lucía Forero Rojas, Ricardo Ruiz Roa,
Elvia Carolina Hernández Latorre, Yenny Mireya Benavídez Martínez,
María Eugenia Montes Zuluaga, Orlando Teatino González
Equipo del Área de Literatura
Primera edición: Bogotá, septiembre de 2018

Antonio García Ángel, Edición
Óscar Pinto Siabatto, Diseño + diagramación
978-958-5487-06-2, ISBN
Union Temporal Idartes 2018, Impresión

Gerencia de Literatura Idartes
Carrera 8 n.° 15-46
Bogotá D. C.
Teléfono: 3795750
www.idartes.gov.co
contactenos@idartes.gov.co
@LibroAlViento @Libro_Al_Viento

CONTENIDO



La dicha de la palabra dicha

Son muchos los libros que hacen un libro y está hecha cada palabra de muchas palabras. Este libro, hecho de varios libros, nace de palabras ancestrales. En algunos casos para conocer sus orígenes tendríamos que remontar el río de la vida humana hasta sus nacimientos, cuando las primeras mujeres y los primeros hombres empezaron a caminar y a contar. Son palabras que vienen de mundos distintos, nacieron en otras lenguas, de otras músicas y tienen en común esa secreta dicha de la palabra dicha. Navegaron, caminaron y aquí confluyen una vez más, para ser contadas. Es algo extraordinario que hacemos los humanos, contar. Tan vital como comer y beber, tan necesario como pensar, tan indispensable como respirar, tan importante como jugar. Hay cuentos casa, en los que podemos encontrar abrigo y quedarnos a vivir. Lo digo porque he vivido algún tiempo en varios de estos cuentos. Hay otros que son ríos nicolás buenaventura y podemos bañarnos en ellos muchas veces. Otros son caminos que recorremos y llegamos a otro lugar, donde ya no somos los mismos. También los hay que son armas, permiten defenderse. Otros son lámparas y permiten ver en la oscuridad. También los hay oscuros y sombríos, donde podemos refugiarnos. Los hay divertidos que distraen y los hay para dormir y para despertar. Estos que aquí están no sé muy bien para qué son, es algo que solo sabe cada lector. Los he ido recorriendo, caminando, trasegando a lo largo de años y siguen llevándome a lugares y tiempos inimaginados.

Son cuatro los libros de este libro, cuatro palabras. La *Primera palabra*, inspirada en los relatos que nos hicieron humanos. La *Palabra salvaje*, para no olvidar de dónde venimos, con quiénes convivimos y compartimos la

vida. La *Palabra de mujer*, que renace una y otra vez. Y la *Palabra última*, porque tenemos un fin.

También tienen los libros silencios, tantos como palabras y es maravilloso cuando consigue uno escucharlos. A pesar de haber escuchado algunos nunca he logrado desentrañar su misterio.

NICOLÁS BUENAVENTURA

LA DICHA
DE LA PALABRA
DICHA



PRIMERA PALABRA

CREACIONES

Hubo una diosa que escapó a esa desagradable tentación divina de hacer al hombre, es decir al otro, a su imagen y semejanza.

No era una diosa triste y vencida. No.

Primero hizo la tierra, y cuando la vio redonda, hermosa, completa le sobraron restos, pedacitos, migajas, desechos...

Enseguida hizo el tiempo, y en cuanto el tiempo se puso a andar quedaron restos, pedacitos, migajas, desechos...



Luego hizo los lagos, los ríos, los océanos, y cuando las aguas crecieron y se pusieron a subir, a bajar, a correr, había nuevamente restos, pedacitos, migajas, desechos...

Creó entonces los árboles, y en cuanto la tierra estuvo toda verde y respiró, tenía una vez más, entre sus manos, restos, pedacitos, migajas, desechos...

Todos esos restos, esos pedacitos, esas migajas, esos desechos... comenzaron a estorbarle y ella los botó, se deshizo de ellos, los arrojó al fondo de un abismo.

Continuó su feliz tarea de creadora: hizo la distancia, hizo la noche, hizo las estrellas, hizo la luna, el día, la nube, la montaña, el sol, los vientos... Y cada vez le sobraron restos, pedacitos, migajas, desechos... que echó al fondo del abismo.

Y el hombre, él, ella, tenía ganas de ser, tenía ganas de existir, pero la diosa no lo hacía; estaba muy ocupada, o tal vez lo había olvidado. Ya en aquel entonces el hombre soportaba mal el olvido.

Y tenía tantas, pero tantas ganas de ser, tantas ganas de existir, que decidió hacerse, crearse a sí mismo. Y se hizo, allá, en el fondo del abismo, con todos esos restos, esos pedacitos, esas migajas, esos desechos...

Es por eso que en cada hombre hay un poco de tierra, hay un poco de tiempo, hay un poco de río, hay un poco de árbol...

Es por eso que cada mujer es un poco distancia, es un poco noche, un poco estrella, un poco luna, día, nube, sol, montaña y viento.



Palabras

No había nada. Tan sólo el vacío, un vacío insensible y ciego.

Al vacío insensible y ciego le gustaba pensar de vez en cuando, sólo de vez en cuando. Y cada vez que pensaba, los pensamientos se quedaban suspendidos, flotando en el vacío.

Y se fueron sumando los pensamientos, y se conocieron en el vacío. Y se pusieron a jugar. Jugando, jugando, fueron creando nuevos pensamientos.

Al vacío comenzaron a nacerle como turupes, como jorobas. Esas jorobas estallaron y formaron palabras; porque el vacío era insensible y ciego, pero no mudo.



Las palabras rápidamente se levantaron y comenzaron a distinguirse: unas se hicieron árboles, enredaderas, arbustos y florecitas. Otras se hicieron agua; hubo las que se pusieron a nadar y se volvieron peces. Las que se sentaron a descansar y se convirtieron en piedras. Las palabras airevoladoras se hicieron pájaros.

Hasta que las palabras, aburridas de nombrar, decidieron ser nombradas: dijeron mujer, dijeron hombre, y las palabras mujer y hombre caminaron, se encontraron, se nombraron y se amaron.

Les pusieron nombres a las palabras. Apareció la palabra camino y la mujer y el hombre lo hicieron. La palabra semilla que la mujer y el hombre sembraron. La palabra casa que habitaron. Cuando se dijo nudo se pudo tejer. Con la palabra palabra apareció la primera herramienta. Y sentados alrededor de la palabra fuego, las mujeres y los hombres se contaron las primeras historias.



Ruptura

Los humanos, al principio, no eran como ahora, eran todos iguales, predecibles e infinitos. No tenían ni huecos, ni ausencias, ni afueras, ni carencias, ni soledades.

Eran, los humanos, redondos y perfectos. Tenían cuatro ojos, cuatro orejas y dos narices. Dos rostros pegados frente con frente que se miraban constantemente. Dos cerebros unidos que se pensaban el uno al otro. Y tenían, los humanos, cuatro brazos que se abrazaban, dos ombligos unidos, dos bocas que se besaban y cuatro piernas entrelazadas. No tenían silueta ni estatura de humanos. La cabeza y el resto del cuerpo eran dos bolas grandes que estaban la una encima de la otra. Y los humanos poseían todos los misterios, todos los secretos. Se miraban hacia adentro y desde adentro, ajenos al mundo circundante y colorido. Se contemplaban solos, sin preocuparse por la vida que transcurría a su alrededor.





Ellos mismos eran el tiempo, ellos mismos eran el espacio, ellos mismos eran el movimiento y las dimensiones. Eran como los dioses, se creían dioses y se bastaban a sí mismos. No había huecos en sus anatomías ni en su pensamiento. No había afueras en sus mundos. No se movían. Jamás cambiaban de lugar, estado, forma o configuración.

La madre naturaleza se enojó y decidió que un ser así no merecía existir. Observó a los humanos, los midió, calculó y en el momento indicado, Trueno se dejó escuchar. Rayo se dejó caer y demedió, cortó, partió, fraccionó, separó, dividió, rompió, quebró, escindió... a los humanos, en mitades; creándoles huecos, ausencias, afueras, carencias, soledades.

Desde entonces los humanos buscan, desesperadamente, completarse; pero, en su nuevo estado, completarse quiere decir ser otro, ser por lo menos dos, ser tres, ser muchos, ser mundo, ser universo.



Secreto

Los dioses poseían el secreto del agua y los humanos se lo robaron.

Los dioses guardaban el secreto del aire y los humanos se lo robaron.

Los dioses tenían escondido el secreto de la tierra y los humanos se lo robaron.

Los dioses mantenían oculto el secreto del fuego y los humanos se lo robaron.

Y fueron creciendo, los humanos, y se fueron acercando a los dioses y comenzaron a desafiarlos.

A los dioses sólo les quedaba un secreto, el pequeño secreto, el secreto insignificante, el secreto de lo humano.

Comenzaron los humanos a investigar, a buscar su secreto, el secreto de sus vidas.
Los dioses, temiendo que pudieran robárselo, decidieron esconderlo donde los humanos no pudieran encontrarlo. Le confiaron la tarea a Kala. Una diosa traviesa y astuta que gustaba de jugar con los humanos; los conocía en su corazón y en su inteligencia.

Kala pensó esconder el secreto en el cielo:

—Los humanos no pueden volar y allá nunca lo encontrarán.

Pero luego se dijo:

—Un día los humanos van a volar, van a develar los misterios del espacio y van a llegar a los confines del universo.

Tuvo la idea de esconder el secreto en las profundidades del océano, pero de nuevo su intuición le advirtió:

—Un día los humanos van a agotar el océano y van a superar los límites de la profundidad.

Decidió esconder el secreto de la vida en el corazón de la tierra. En el momento de hacerlo, una vez más, la asaltaron las dudas:

—Los humanos son tan tercos, tan obstinados, tan perspicaces que irán hasta el centro mismo de la tierra, hasta lo más ínfimo y diminuto de la materia.

La diosa Kala pensó y dudó, dudó y pensó; y un día, siempre hay un día, encontró la solución; visitó a los humanos, los exploró y escondió el secreto allá, donde nunca podrían encontrarlo, donde nunca se atreverían a

buscarlo: en el interior mismo de lo humano. Tomó el secreto, lo partió y lo escondió, repartido, pedacito a pedacito, en cada uno de los humanos...



Y los humanos seguimos buscando nuestro secreto.



DIFERENCIAS

Al principio no había ninguna diferencia.

Un día Nube dejó caer una gota y Tierra dejó nacer un retoño.

Así se hizo el amor y creció como árbol, con forma y color de árbol.

A aquel árbol le nacieron flores amarillas; a lo lejos el árbol amarillo parecía un incendio. Los primeros seres que llegaron hasta él comieron flores amarillas. Luego, el árbol se llenó de frutas rojas y los segundos seres que llegaron hasta él comieron frutas rojas.



Así nacieron las diferencias.

Al principio, las diferencias aparecieron en unos como una evidencia y en otros como un misterio. Los que habían comido flores amarillas tenían presencia, aquellos que habían comido frutas rojas tenían también presencia, pero no se veía.

Comenzaron a mirarse los unos a los otros, a escucharse, a olfatearse, a tocarse, a gustarse... y aquellos que tenían oculta su diferencia la enseñaron.

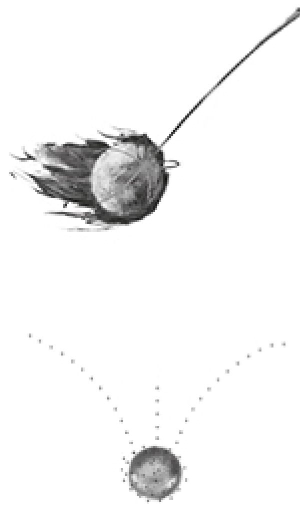
Así nació el deseo.

Un día, uno de aquellos seres que habían comido flores amarillas se enamoró de uno de los que habían comido frutas rojas, lo siguió, lo alcanzó, lo tiró al suelo dándole una voltereta y... entre caricias y murmullos descubrieron y degustaron sus maravillosas diferencias. Así se fueron enamorando, de las diferencias y de las volteretas.

Aquellos que habían comido flores amarillas se volvieron hombres. Los que habían comido frutas rojas se convirtieron en mujeres. Las mujeres quedaron encinta y nacieron nuevos hombres y nuevas mujeres.

Otro día, otro ser se enamoró de otro, lo siguió, lo alcanzó, lo tiró al suelo dándole la voltereta y... descubrió que sus diferencias no eran diferentes... y, entre caricias y murmullos, inventaron y crearon nuevas diferencias.

Las mujeres parieron y poblaron la tierra de hombres y mujeres diferentes.



MUERTE

Todas las mujeres y todos los hombres tenían que hacer un largo viaje solitario del que regresaban cansados pero cargados de historias extraordinarias y alimentos desconocidos.

Un día, un hombre que en su viaje había comido tierra y se había emborrachado con una planta, se quedó dormido. Soñó que regresaba, pero no regresó. Las mujeres y los hombres lo aguardaron y como nunca volvió decidieron olvidarlo.

Con el tiempo, el hombre despertó y, sorprendido de no hallarse entre los suyos, haciéndose mil preguntas regresó, preocupado y confundido. Desesperado, iba de un lado para otro, saludaba, hacía gestos tratando de llamar la atención...



Nadie lo saludaba, nadie lo distinguía, nadie lo reconocía. Para ellos, él ya no existía.

El olvidado decidió irse más lejos, esperar a los que salían de viaje y, en cuanto los veía llegar, les hacía comer tierra y probar la planta. Ellos, borrachos, alucinados, soñaban que regresaban, pero no regresaban. Las mujeres y los hombres los olvidaban.
Con el tiempo, a fuerza de olvido, se fueron volviendo flacos.
Flacos...

Más flacos todavía.
Ya no se sostenían, se cayeron y fueron devorados por la tierra.

Con el tiempo, los que se iban de viaje ya no regresaban.

Así nacieron la muerte y el olvido.

Allí, donde la tierra había devorado a los olvidados, nació una plantita verde, llena de arruguitas y con puntitos blancos. Las mujeres y los hombres la probaron, les gustó, se la comieron, entonces recordaron. Había nacido la memoria.

Verdad

Hace cualquier cantidad de siglos, cuando la memoria era niña y el tiempo todavía no tenía dientes, la Verdad vivía con las mujeres y con los hombres, y andaba desnuda, con la cara sucia, bailando y cantando:

Las mujeres y los hombres eran denoserdados… desernodados… ¡de-sor-de-na-dos! Pero, eso sí, elegantes. Un día les pareció que eso de andar desnudo no estaba bien, y peor aún, con la cara sucia. Le pidieron a la Verdad que se vistiera y sobre todo que se lavara la cara. La Verdad se vistió, con cintas rojas y collares de cuentas negras y verdes, pero en cuanto a lavarse la cara…

—¡No!

Las mujeres y los hombres pidieron, rogaron, se enojaron y se organizaron.



De la solicitud cordial pasaron a las órdenes, de las órdenes a las amenazas, de las amenazas a las leyes y de las leyes al castigo.

La verdad fue que la Verdad tuvo que ir al río y lavarse la cara.

Cuando las mujeres y los hombres vieron el rostro de la Verdad se desencadenaron la ira del cielo y la tristeza de la tierra; hubo una tempestad y la tierra lloró. Todo se inundó. Las aguas subieron hasta el cielo.

Las mujeres y los hombres murieron ahogados.

Unos pocos quedamos vivos y como ya la Verdad no vive entre nosotros, inventamos la Razón, que está vestida y tiene la cara siempre tan limpia.



Signos

Una mañana, Primer Hombre se levantó triste; sabía que Segundo, su hijo –el hijo de Primer Hombre se llamaba así, Segundo– vendría a buscarlo para llevarlo a la Cueva de los Lobos Hambrientos. Esa era la ley.

Estaba dicho que cuando una mujer o un hombre llegaba a aquella edad en la que los ojos ya no pueden guiar los pies, en la que los dientes comienzan a caerse, en la que se confunden los recuerdos, en la que ya no se puede ir a trabajar al campo, sus hijos debían abandonarlo, sin defensa alguna, en la Cueva de los Lobos Hambrientos. Estaba dicho que los viejos eran un peso muerto que impedía el vuelo hacia los nuevos tiempos. Estaba dicho que los viejos eran un estorbo.
Así nació el progreso...
Y la ley ordenaba que:
¡Hay que sepultar todo lo viejo!

¡Hay que acabar con los ancianos!

Esa mañana, Segundo llegó silencioso y cabizbajo. Sin mirar al viejo de su viejo le pidió que se metiera en el costal que había preparado para llevarlo a la cueva. El viejo se metió. Segundo amarró el costal, lo subió a su carreta...

Llegaron a la cueva, que estaba llena de huesos roídos y de costales rotos.

Segundo detuvo la carreta, bajó el costal. Se dispuso a empujarlo hacia la boca de la cueva. Le pareció que el viejo de su viejo había dicho algo. No era normal. Estaba dicho que los viejos debían dejarse abandonar en silencio, sin ofrecer resistencia alguna, sin tan siquiera protestar. Abrió el costal para regañarlo y se encontró con los ojos de su viejo. Descubrió en ellos una luz que no había visto en ningún ser viviente. Sintió que el viejo de su viejo era menos viejo y más suyo. Mirándolo, le pareció que su padre tenía la luna en el cabello, la tierra entera y todos los caminos en la piel, y en la mirada la edad del mundo... Sin embargo, la ley era la ley, y la ley ordenaba que:
¡Hay que sepultar todo lo viejo!
¡Hay que acabar con los ancianos!
Segundo cerró el costal. Se paró al borde de la boca de la cueva, se dispuso a darle el puntapié con el que se despedía a los viejos... No fue capaz. Le pesaba el alma. Sintió un nudo en la garganta. De pronto le pareció escuchar la voz del viejo de su viejo diciéndole:

—Tranquilo, no te aflijas, así es. Tú no eres ni el primero ni el último. ¡Vamos! ¿Qué esperas? Recuerda que:
¡Hay que sepultar todo lo viejo!
¡Hay que acabar con los ancianos!
Segundo lo intentó de nuevo y... definitivamente no pudo. Entonces, olvidando la ley, desafiando la tradición, abrió el costal, liberó al viejo de su viejo, lo llevó hasta un árbol y, allá arriba, en lo alto, le construyó una casa.



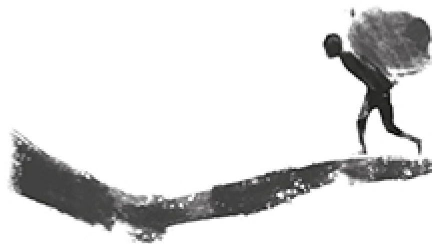
A la mañana siguiente los niños de la aldea se fueron a jugar al bosque. De pronto oyeron una voz que salía de un árbol; se acercaron, escucharon y regresaron a la aldea, felices, contando historias alucinantes. Al atardecer, la curiosidad llevó a las mujeres y a los hombres hasta el árbol, y el árbol contó historias extraordinarias. Al ver lo que estaba ocurriendo, Segundo dijo que era importante alimentar aquella voz mágica. A partir de aquel día, las mujeres y los hombres comenzaron a dejar alimentos alrededor del árbol de Primer Hombre.

Las conversaciones con el árbol se fueron volviendo frecuentes: las mujeres se acercaban por la mañana, a escondidas, le hacían preguntas y le contaban sus penas. Los hombres se reunían a mediodía, ritualmente, a su alrededor y le pedían consejos. Y con las preguntas, las penas y los consejos, Primer Hombre tejía nuevas historias que contaba al atardecer.

Así nacieron los chismes.

En la aldea todo el mundo reía, habían descubierto la alegría o, al menos, algo que se le parecía.

Con el tiempo, la voz de Primer Hombre se fue apagando, se fue agotando. Un día no pudo hablar más. Entonces, imitando las huellas de los patos, de los pollos, de los pajaritos en la orilla del río; copiando los rastros de las serpientes en la arena; reproduciendo las señales de los ciervos en el musgo y las marcas de los osos en la corteza de los árboles, Primer Hombre trazó una serie de rayitas en el suelo y grabó unos circulitos en la corteza de su árbol. Las mujeres y los hombres llegaron al atardecer, puntuales, para escuchar las historias. Se instalaron. Aguardaron. El árbol no habló. De pronto notaron unas huellas extrañas, trataron de descifrarlas, de distinguir al animal que señalaban, pero no entendieron; sin embargo entendieron que no entendían y que había algo que entender. Volvieron al día siguiente, había nuevas huellas, intentaron descifrarlas y entendieron menos todavía. Hasta que un día ya no entendieron nada y empezaron a leer.



Una tarde, cuando las mujeres y los hombres conocían el sentido de cada trazo, de cada línea, encontraron una larga serie de garabatos y leyeron una historia que contaba que:

Una mañana, Primer Hombre se levantó triste; sabía que Segundo, su hijo – el hijo de Primer Hombre se llamaba así, Segundo– vendría a buscarlo para llevarlo a la Cueva de los Lobos Hambrientos. Esa era la ley...

Así nació la literatura.

Desde entonces ya no se abandona a los viejos en la Cueva de los Lobos Hambrientos.

Fuentes

«Creaciones» tiene su origen en una palabra que me agredió al regresar a Colombia. Venía de contar cuentos en Mali, Burkina Faso y Costa de Marfil, donde nació el primer boceto de este relato. Al volver, la palabra *desechable* con la que se suele designar a los habitantes de la calle, a los gamines, a los «ñeros» –como se denominan ellos a sí mismos–, me hirió, como solo herir pueden las palabras.

«Palabras» tiene su origen en un relato de creación de la tradición uitoto que empieza diciendo: «Era la nada, no había cosa alguna».

«Ruptura»: una de las versiones más célebres de este motivo mítico la da Platón en *El Banquete*, pero hay muchas: en África, en América, en Asia, en Australia.

«Secreto» viene de un motivo mítico de una de las tradiciones ancestrales de la India.

«Diferencias» es una variante de esa tensión entre identidad y diferencia que ha dado lugar a tantos relatos en casi todas las culturas.

«Muerte», es un relato de tradición preincaica el que da lugar a esta interpretación del primer misterio de la vida.

«Verdad»: dice Margaret Mead que según los lakotas «las aguas inundaron el mundo cuando los hombres vieron el rostro de la verdad». En esa frase se encuentra el origen de este relato.

«Signos»: hay muchas versiones de este motivo tanto en Oriente como en Occidente. Pienso que es relato de caminantes, de nómadas de tiempos anteriores a los asentamientos y las construcciones.

(Estos relatos y unos pocos más forman el espectáculo «Mitos de creación», publicado en *Cuando el hombre es su palabra*, editorial Norma y editorial Palabras del Candil).

HOGAR

Los dueños del fuego vivían del otro lado del río Grande. Eran enormes.

Las mujeres y los hombres, con el frío mordiendo, con el hambre acosando, vislumbraban el fuego allá en la otra orilla; azuloso en las mañanas, amarillo al caer el día, anaranjado y rojizo, chispeando en las noches sin luna. Percibían el olor que les sacaba a las carnes, a las yerbas y a las raíces. Adivinaban su calidez en los días de lluvia, cuando veían el humo que salía de las cuevas.



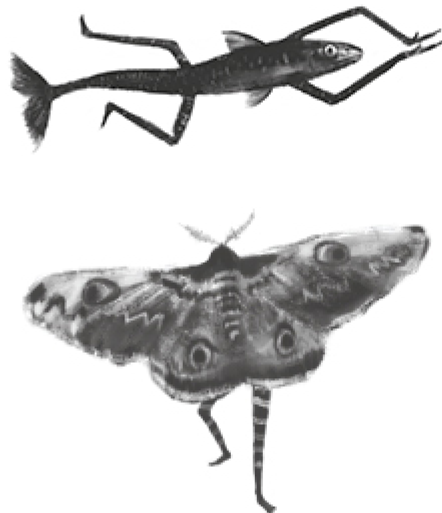
Así, reducidos a la planta amarga, a la carne cruda, mujeres y hombres no podían engordar; no alcanzaban peso. Cuando los vientos se soltaban, los arrastraban y se llevaban a los más débiles.

Ellos no habían visto a los dueños del fuego, adivinaban sus sombras y es verdad que allá, en el otro lado del río, se veían grandes, metían miedo. Habían escuchado decir que para aquellos gigantes todo lo que se mueve en la superficie, y también arriba y abajo, era digno de terminar en la barriga.

Un hombre quiso traer el fuego. Imaginó ser pez. Se echó al río y se hizo pez. Consiguió atravesar el enorme caudal y cuando llegó al otro lado había olvidado ser hombre. Siguió siendo pez. De él nacieron los peces todos.

Otro hombre se inventó ser pájaro. Atravesó el río de día, volando muy rápido. Llegó cansado. Los dueños del fuego lo cazaron, lo desplumaron, se lo entregaron a las brasas y lo devoraron. Dejaron las plumas en la orilla. De aquellas plumas nacieron las aves todas.

Una mujer se hizo falena. Atravesó el río volando, de noche. Haciendo grandes círculos se acercó al fuego. Los dueños la vieron. Aquella mariposa nocturna semejaba una hoja parda que volaba. Con círculos cada vez más pequeños ella siguió acercándose a las llamas. La fuerza del fuego la maravilló. Sintió que podía atrapar su misterio y se incendió.



De sus cenizas nacieron las falenas que hoy siguen queriendo conocer aquel misterio, vuelan en círculos cerca de las llamas y, a veces, se incendian.

El cuarto en partir fue otro hombre. Jugó a ser serpiente. Atravesó el río a nado. Con sigilo se acercó a los tizones ardientes y cogió uno para llevárselo en la boca. El dolor fue tan grande que en el acto lo soltó y se recogió. Sabía que no iba a gritar y no gritó. Creía que iba a soportar el ardor y no lo consiguió. Uno de los dueños vio aquella serpiente retorciéndose de dolor y la mató con un palo. Los gigantes la tasajearon, aprovecharon lo que pudieron y arrojaron los restos a la selva. Sí, de esos restos nacieron las serpientes que hoy reptan por el mundo.

Partió luego otra mujer y decidió volverse lagarto. Corriendo sobre el agua atravesó el río. Llegó cansada, se escondió y se tomó un día de reposo. Lo que tenía que hacer era importante y requería tomarse el tiempo necesario. En la noche se acercó a una fogata. Los dueños no la vieron y ella, hábilmente, agarró una bolita de fuego y la guardó.

Volvió corriendo y, extenuada, entregó el fuego.

Estaban felices las mujeres y los hombres. Dejaron el fuego sobre una piedra. Lo miraban aguardando su resplandor. Pero aquella bolita roja, que parecía enferma, se fue poniendo pálida, dejó escapar una chispita, una nube mínima de humo y se murió.

La frustración fue grande. La mujer decidió volver a ser lagarto. De ella vienen los lagartos que corren sobre las aguas.

A las mujeres y los hombres comenzó a acosarlos, además del hambre y el frío, la desolación. Sentían que nunca iban a poseer el fuego.

Había una muchacha que no sabía ser pájaro ni lagarto. Cuando los vientos se soltaban tenían que juntarse todos y asirla para protegerla, no se le ocurría volverse armadillo y apelotonarse o convertirse en arbusto y enraizarse. Ella lo que sabía era aprender. Admiraba a los que se habían arriesgado a ir en busca del fuego y decidió imitarlos.

Para atravesar el río nadó, como el pez.

En la noche de la otra orilla se hizo discreta como la falena. Aprendió que el fuego está vivo. Que de un fuego nacen otros. Que si se le da de comer poco, no crece, apenas habla y se va debilitando. Que se lo puede cuidar y conservar y que también se lo puede asfixiar y dejar morir de hambre.

En la mañana pasó inadvertida como la serpiente, siguió a los dueños del fuego, con sigilo. Un fuego que había quedado sin cuidado se desató y ella aprendió, con pavor, que aquel ser cuando agarra no suelta, que puede crecer sin estatura y extenderse sin límites.

Por la tarde llovió. Llovió tanto que el río Grande se hizo más grande, se metió en las cuevas y ahogó los fuegos. La muchacha estaba desconsolada. Los dueños habían perdido su fuego.

En la noche las aguas retornaron a su cauce. La muchacha volvió a hacer como la falena y vio algo que costaba creer. Dos mujeres, con un par de piedras, unas pocas yerbas secas y una mota de algodón, creaban fuego. Pensó que eran brujas pero luego vio a un muchacho que también encendía un fuego con otras piedras.

Los fuegos se despertaron y sedujeron las miradas de sus dueños. La muchacha, haciendo como el lagarto, escondió dos de aquellas piedras. Las llevó hasta la orilla del río y, en cuanto amaneció, las hizo atravesar el río volando, como pájaros. Regresó a su orilla y contó lo que había aprendido. Entre todos buscaron yerbas secas y algodón. Golpearon las piedras y ellas chasquearon. Con el tercer intento saltó una chispa, nació un fueguito, lo alimentaron y crearon un hogar.

Un niño tuvo la audacia de preguntarle a la muchacha algo que a nadie se le había ocurrido. Más que las llamas y las fogatas, más que el incendio y la inundación, él quería saber cómo eran los gigantes, los dueños del fuego.

El asombro de todos fue grande cuando la muchacha simplemente le respondió: No son gigantes, son gente, ette ennaka: gente verdadera, como nosotros.



EL PÁJARO LIBRE

En una ciudad vivía un rico comerciante que poseía tesoros por montones, obras originales de los más grandes pintores, esculturas, estatuas... Podría decirse que para ser un comerciante tenía muy buen gusto. Su mayor tesoro, aquel que ocupaba un lugar privilegiado en el panorama de sus afectos, no era precisamente su esposa, a la que había seducido, por no decir comprado, con zafiros y diamantes; tampoco sus bodegas repletas de oro; no. Su más preciado bien era un pequeño pájaro en el interior de una enorme jaula. No era un pájaro cualquiera, era un hermoso espécimen de los llamados Pájaros libres que viven en el bosque sagrado de la lejana ciudad de Samarkanda. El comerciante se sabía el único hombre que poseía un Pájaro libre y vivía orgulloso.

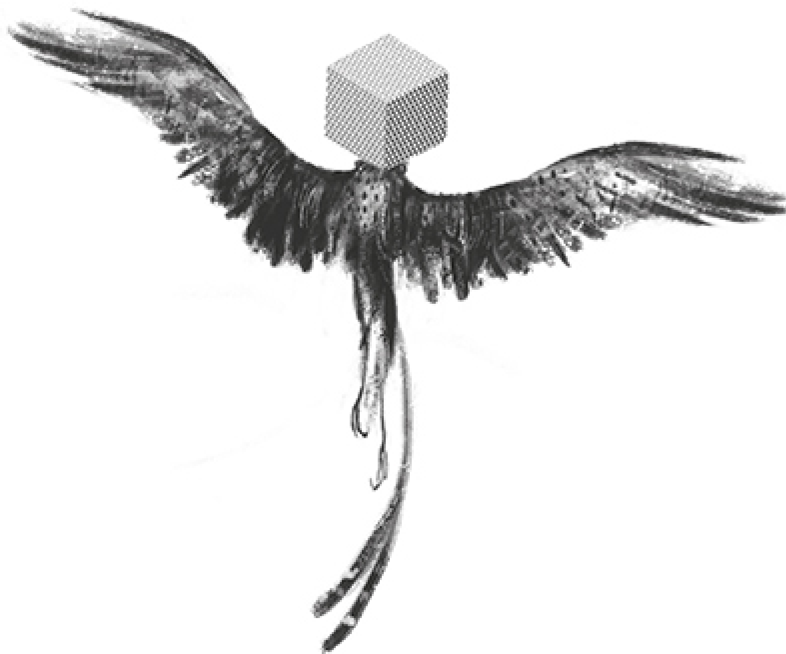
Un día tuvo que ir a Samarkanda por un asunto de negocios. Fue a ver al pájaro en su jaula y le preguntó si quería algo especial de su tierra.

—Quiero mi libertad –dijo el pájaro.

—Tu libertad es lo único que poseo y por lo tanto lo único que no te puedo dar. Pídeme otra cosa, lo que quieras...

—Está bien. Quiero que vayas al bosque de donde vengo y les cuentes a mis hermanos la situación en que me encuentro.

El comerciante se despidió de su pájaro, de su esposa, y se fue. Terminados los negocios se dirigió al bosque, vio que varios Pájaros libres se reunían en las ramas de un frondoso árbol, se acercó y contó cómo allá, en su país, tenía un hermoso Pájaro libre al que alimentaba con los platos más exóticos. Les contó que el pájaro le había pedido su libertad y ante su negativa le había rogado que fuera a ese bosque a contar lo que acababa de contar.



No había terminado el comerciante su relato cuando, desde lo alto de su rama, un Pájaro libre se dejó caer en picada y se estrelló contra el suelo. Un segundo pájaro lo siguió en su caída suicida, y casi enseguida un tercero. Impresionado, muy impresionado, terriblemente impresionado, el comerciante abandonó el bosque dejando tras él una verdadera lluvia de Pájaros libres que se precipitaban desde lo alto de sus ramas.

De regreso a casa fue a ver al pájaro en su jaula, y le dijo:

—Traigo malas noticias, creo que no te alegrará escucharlas...

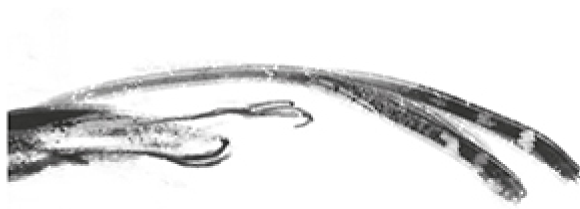
—¡Cuenta! –dijo el pájaro–, lo que para ti es una mala noticia puede ser buena para mí.

Y el comerciante contó. No había terminado el comerciante su relato cuando, desde lo alto de su jaula, el Pájaro libre se dejó caer y se estrelló contra el suelo.

Sintiendo una aguda punzada en el pecho, el comerciante sacó de la jaula el cuerpo inerte de su preciado pájaro y comenzó a acariciarlo con ternura. Viéndose libre, el pájaro alzó vuelo. Fue a posarse en el alféizar de una ventana. Miró al sorprendido comerciante y le dijo:

—¿Ves cómo lo que para ti era una mala noticia podía ser buena para mí? Mis hermanos me dijeron, a través de ti, que yo era el único que podía alcanzar mi libertad. La libertad es una flor que no se regala, se toma.

Alzó vuelo y se perdió en la inmensidad del cielo.



LA RANA Y EL ESCORPIÓN

Este era un escorpión que tenía ambiciones de explorador. Un día, una isla, que se hallaba en el centro de una laguna, despertó su escorpiona curiosidad, descubrió una rana que tomaba distraídamente el sol sobre una piedra y le propuso cortésmente que lo llevara a la isla.

—Tú y yo somos distintos –contestó la rana–, y está dicho que:

Seres de distinta naturaleza no deben frecuentarse porque terminarán con certeza por aniquilarse.



—Si acepto llevarte hasta el centro de esta laguna para satisfacer tu escorpiona curiosidad, en cuanto nos alejemos de toda orilla, me clavarás tu aguijón y moriré.

—Se ve claramente que eres un batracio –dijo el escorpión–, se necesita tener mucha sangre fría para desafiar impunemente la inteligencia. ¿No ves, rana tonta, que si en medio de la laguna te clavo mi aguijón moriremos los dos ahogados?

—Es cierto –afirmó la rana, y lo dejó subir sobre su espalda.

El curioso escorpión disfrutaba el placer de ser transportado sobre el agua, admiraba las hojas de nenúfar que flotaban en la laguna, sentía la corriente, el viento y la frescura...



En medio de la laguna, lejos de toda orilla, súbitamente, el escorpión clava su aguijón. Mortalmente herida, la rana comienza a patalear y a gritar:

—¡Estúpido escorpión! Mira lo que has hecho, ahora no podré seguir nadando y en pocos segundos nos moriremos los dos ahogados.

—Es cierto –responde el escorpión–, pero, ¿qué puedo hacer? Esa es mi naturaleza.



EL MAGO Y LA RATONCITA

Un mago observó los desesperados movimientos de una ratona que trataba de escapar de las garras de un águila, se encariñó con ella y decidió salvarla. Como su mujer jamás le aceptaría una ratoncita en casa, la convirtió, mediante un encantamiento, en una niña. La niña creció y el

mago y su mujer la quisieron como a su hija. Cuando la muchacha se hizo mujer el padre decidió buscarle marido y le preguntó con quien desearía casarse. Ella respondió que quería por esposo al más hermoso, al más fuerte y poderoso. Al mago se le ocurrió que era Sol, y a Sol le preguntó:

—¿Eres sin duda el más hermoso, el más fuerte y poderoso?

—Soy fuerte y poderoso –respondió Sol–. Pero Nube me tapa, por lo tanto Nube es más que yo.



—Se casará con Nube –dijo el mago, y a Nube le preguntó–: ¿Eres sin duda el más hermoso, el más fuerte y poderoso?

—Soy fuerte y poderoso, pero Viento me arrastra, por lo tanto Viento es más que yo.

—Se casará con Viento.

Fue y a Viento le preguntó:

—¿Eres sin duda el más hermoso, el más fuerte y poderoso?

—Soy fuerte y poderoso, pero Montaña me detiene, por lo tanto Montaña es más que yo.

Fue donde Montaña y le preguntó:

—¿Eres sin duda el más hermoso, el más fuerte y poderoso?

—Soy fuerte y poderoso pero Ratón me rompe, me perfora, hace en mí su madriguera, por lo tanto Ratón es más que yo.

—¿Eres sin duda el más hermoso, el más fuerte y poderoso?

—¡Sí! –respondió Ratón–. ¡Soy el más hermoso, el más fuerte y poderoso!

Y la muchacha terminó eligiendo a Ratón y para ser feliz pidió ser ratona, y así volvió a su antigua y maravillosa naturaleza.



Fuentes

«Hogar», tradición ette (ette ennaka, «gente verdadera» / chimila; tomado del libro *Mitos del Nuevo Mundo*, editorial sm, 2017).

«El Pájaro libre», tradición de la India (hace parte del espectáculo «La guerra de los cuervos y los búhos», inspirado en el *Panchatantra*).

«La rana y el escorpión»: el origen de este relato es difícil de desentrañar; hay versiones regadas por el mundo; está presente en la tradición ancestral de la India (hace parte del espectáculo «La guerra de los cuervos y los búhos»).

«El mago y la ratoncita», tradición de la India (hace parte del espectáculo «La guerra de los cuervos y los búhos»).

LA MUJER Y EL RÍO

Había una mujer que estaba casada con un río.

A ella, lo que más le gustaba en esta vida, era ir, cada mañana, a bañarse en su marido.

Una mañana encontró a su marido mermado, disminuido, apocado. Y al día siguiente ya no lo encontró.

Esperó. Esperó. Y esperó.

En las noches seguía escuchando, en la distancia, el rumor de su marido.



Y en la piel seguía sintiendo la frescura de su marido.

Y en el aire seguía percibiendo el aroma de su marido.

Esperó.

Siete lunas esperó. Y al cabo, desesperada, decidió irse a buscarlo.

Deshizo la casa, la empacó, se la puso sobre los hombros y se echó a andar.

El sol le fue señalando el camino con un sendero de frutas rojas que ella fue probando y degustando, una a una.

Y de pronto escuchó, en la distancia, el rumor de su marido.

Y sintió, en la piel, la frescura de su marido.

Y percibió, en el aire, la frescura inconfundible de su marido.

Y llegó. Y lo encontró. Más caudaloso que nunca.

Levantó la casa al lado y siguió bañándose, feliz, cada mañana, en su marido.



LOS HIJOS DE LA REINA

Hubo, hace tiempo, en un lejano reino, una comarca que se hundía en la infelicidad. Era sorprendente para los caminantes ver hasta qué punto los habitantes del lugar eran infelices y desgraciados: vivían odiándose, aburridos y en constantes disputas. Se trata de un lugar perdido, que

cartógrafos y cronistas habían olvidado debido a la vergüenza que representaba para el género humano.

La corona del aquel reino había quedado viuda. El rey, que tenía la reputación de tener amantes y queridas en todas las comarcas, murió sin dejar descendencia y a una mujer le correspondió ocupar el trono.



Preocupada por el sufrimiento de las gentes de la comarca y temiendo que la enfermedad que padecían se propagara y contagiara las ciudades vecinas, la reina llamó al más perspicaz de sus ministros y le pidió que fuera y observara aquel infierno.

Se trataba de un ministro viejo, antiguo consejero del difunto rey. Un hombre en quien la maravillosa facultad de escuchar se había desarrollado en todas sus posibilidades, pero en la misma medida había desarrollado la capacidad para beber. Se lo bebía todo, hasta el agua de los floreros y, aunque nunca se enlagunaba, andaba a tientas desde las primeras horas de la mañana.

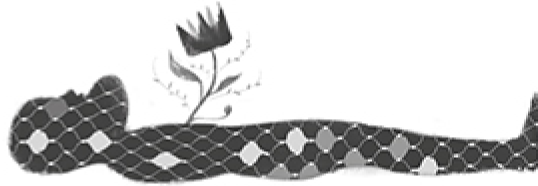
El viejo ministro se instaló en aquel desgraciado lugar y en una semana se lo bebió todo, con los oídos, con los ojos. Parecía una esponja: las costumbres, los dichos, los juegos, los platos típicos, la manera de vestir, de enseñar, de aprender. Hasta las groserías y los chismes se los bebió. Pero también, de la misma manera y en la misma medida, los aguardientes, mistelas y cervezas que se vendían en los estancos. Para recibir el informe de su ministro, la reina tuvo que visitarlo en su casa, donde se hallaba purgando una de sus más críticas resacas.

De todos los relatos que le hizo el ministro, la reina retuvo dos en particular.

—Una tarde vi cómo un viejo le pegaba a su hijo, seguí al hijo y vi cómo golpeaba a su hermano menor. Me fui detrás del hermano menor y vi cómo, en su casa, encendía a golpes a su esposa, que luego terminaba pegándole a sus dos hijos. También vi con asombro y dolor niños, y sobre todo niñas de la comarca sucios, mal vestidos, descalzos, mal alimentados, que no reían, que no jugaban y que eran constantemente maltratados por los adultos.

A partir de aquellos dos testimonios, la reina sacó sus conclusiones y después de un consejo de ministras y ministros tomó una determinación y puso en marcha un plan que si bien no se puede afirmar que hizo feliz a los habitantes de la comarca, les permitió salir de la miseria. Hizo correr, por todo el reino, la noticia de que una de las niñas o uno de los niños que crecían en la comarca era descendiente del difunto rey y que pronto ocuparía el trono.

Cuando el rumor llegó a la comarca la vida cambió de manera sensible. Cada familia comenzó a tratar, y a temer, a los niños y las niñas, como futuros reyes y reinas y a sus vecinos como madres y padres de reyes y reinas.



EL CUENTO DE LA NIÑA MUJER… MUJER NIÑA

Hace tiempo, en un caserío, vivía una niña… Una mujer… Una niña mujer… Una mujer niña. Atravesaba la edad de las incertidumbres, edad en la que todo cambia, todo se mueve todos los días de manera tan brutal que una tiende a refugiarse en comportamientos extremos. Todavía no había dejado de ser niña y comenzaba a convertirse en mujer. Le dolían los cambios que estaba sufriendo; ella, que había sido tan temeraria, se sentía frágil y vulnerable, y lo peor era que se sentía incapaz de aceptar esa vulnerabilidad, que aquella fragilidad le resultaba insoportable. Le dolía que quienes la rodeaban habían dejado de compartir sus anhelos y sus problemas y que ella misma tampoco conseguía expresarlos. Le dolían las distancias que se habían instalado entre ella y sus amigas y le dolía su belleza. Le pesaba el que la gente no reconociera sus virtudes, que las tenía, no había distancias infranqueables entre lo que decía y lo que hacía, sabía dar y sabía recibir, solía reírse de sí misma más que de los otros y hasta podía ser amable, si la ocasión y la persona lo ameritaban. A pesar de ello, los otros se empeñaban en alabar su belleza y solamente su belleza.

Había perdido a su madre muy temprano y veía poco a su padre, un campesino triste que buscaba en qué ocuparse en cuanto terminaba sus labores. Estas circunstancias la habían obligado a hacerse cargo de sí misma

más pronto de lo humanamente recomendable y a crecer más rápido de lo saludable.

Una tarde, el reyezuelo –eran tiempos de reyes y a este le faltaba grandeza y le sobraba crueldad para poder ocupar el trono en el que lo habían subido– pasó por aquel caserío y, para desgracia de la niña, la cruzó en su camino. Iba el reyezuelo en su carruaje, iba ella a pie y en cuanto la vio, sus ojos se inyectaron de deseo desaforado. Como era un hombre incapaz de reconocer distancia alguna entre sus deseos y su poder, decidió hacerla suya, a cualquier precio.

El padre, hombre roto y derrotado por la muerte de su mujer, conocía el peso de la desgracia que acaba de caer sobre su hogar y, temeroso de enfrentarse con el reyezuelo, se arrepintió de haberle permitido a su hija salir de la casa. Maldijo en la niña su belleza y en él, no la cobardía sino su falta de autoridad y determinación a la hora de encerrarla y ocultarla de toda mirada masculina.



La niña mujer se enteró pronto del destino que la amenazaba y en cuanto la ocasión se lo permitió le pidió a los enviados del reyezuelo, públicamente,

que le dieran aquella oportunidad que cada ser humano merece sobre esta tierra por lo menos una vez en la vida.

El reyezuelo recibió el mensaje y en un acto de aparente generosidad y disimulada demagogia, decidió concedérsela, la invitó a su palacio y le anunció:

—No será ni tu voluntad ni la mía, será cosa del destino, pero tendrás tu oportunidad.

Le mostró dos copas opacas, de cristal negro, y agregó.

—En una de estas copas pondré una bola negra, en la otra, una bola blanca. Escogerás una. Si escoges la copa que contiene la bola negra serás mi mujer y satisfarás mis deseos. Si escoges la que contiene la bola blanca serás dueña de tu destino.

No vamos a decir que la supuesta oportunidad era justa, pero era lo único que el reyezuelo estaba dispuesto a ofrecer.

En el momento de partir, sintiendo la mirada de cernícalo con la que el reyezuelo la recorría de arriba abajo, la niña mujer acertó en pedir que la prueba tuviera lugar ante un jurado, en la plaza del caserío y que nadie pudiese alterar la decisión. El reyezuelo aceptó no sin antes advertir:

—Tendrás sólo una oportunidad. La prueba no se repetirá y, pase lo que pase, sólo se descubrirá una copa y una sola vez.

Llega el momento crucial. En la plaza del caserío han instalado una mesa sobre la que reposan las dos copas de negro cristal. Allí están los jueces y las juezas más renombrados del reino. Allí, todo el campesinado de la

región, menos el padre quien, temiendo lo peor, no ha sido capaz de hacerse presente.

El rey le muestra a la concurrencia una bola blanca y una bola negra. Durante un instante las copas desaparecen de la vista de los presentes y el rey, para que el destino no le juegue una mala pasada, altera de manera absoluta las probabilidades, se guarda la bola blanca y pone una bola negra en cada una de las dos copas. Aquello de: con cara gano yo, con sello pierdes tú. A estas alturas podríamos decir que la suerte está echada (a perder) ¿verdad?, pero escuchemos qué sorpresas nos reserva esta historia.

Allí está la mesa cubierta con un rojo mantel. Allí están las dos copas de negro cristal. Allí, el jurado. Allí, el público y allí, la mujer niña que sube uno a uno los escalones, como quien sube al cadalso. Observa las dos copas. Escoge una, se dirige hacia ella, la toma, observa al rey y algo descubre en su actitud; una despreocupada arrogancia y una certeza desmedida que la hacen dudar. Y, en un instante de suprema lucidez, tropieza torpemente con la mesa y hace caer la segunda copa que se rompe en pedazos.

Una bola negra sale rodando del estropicio de vidrios negros y llega hasta los pies del conjunto de jueces. La niña mujer, avergonzada de su torpeza, ofrece disculpas, dice que no era su intención y entrega la copa escogida. Como la regla exige que sólo una copa sea destapada, al jurado no le queda otro remedio que proceder por eliminación y determina que, evidentemente, la copa escogida contiene la bola blanca. El rey acepta su derrota y en cuanto puede se apodera de la copa, que no vaya nadie a descubrir la vergonzosa trampa.

Así, la mujer niña, contrariando todos los pronósticos, consigue hacerse cargo de su destino.



LA CURIOSIDAD FEMENINA

Cada vez que llego a mi casa y traigo algún objeto empacado en una bolsa, algún paquete… mi compañera me pregunta: ¿Qué es? Si alguien llama por teléfono, ella trata de adivinar con quien estoy hablando y si no lo logra: ¿Quién era? Cuando voy en un bus leyendo un libro a menudo alcanzo a percibir lo ojos de mi vecina que se deslizan tratando de averiguar de qué libro se trata. Las mujeres son irremediablemente curiosas. He encontrado un historia que habla de esa curiosidad femenina.

Hace tiempo, hace muchísimo tiempo, antes de nuestra madre Eva, vivió otra mujer. Se llamaba Lilith. Era una muchacha simpática, bonita, agradable, pero eso sí: preguntona a más no poder, curiosa a morir. Todo lo quería saber, todo lo quería averiguar, todo lo quería conocer. Ella salía por las mañanas, tempranito y a todo el que se encontraba en su camino le preguntaba de dónde venía, para dónde iba, a qué hora había salido de su casa, con quién se había encontrado, qué le había dicho, que había contestado él. Todo, absolutamente todo. Además, hablaba con todo el mundo, con los bichos y con las grandes bestias, con las matas, los árboles y con las flores, hablaba, por ejemplo, con las rosas y tengo que decirles que en aquella época cada rosa tenía su nombre. Una se llamaba Mariarosa, la otra Anarosa, Rosatulia, Rosita, Roxana… y ella a cada Rosa le preguntaba la razón de su color.

A todas estas, Adán, nuestro padre Adán, el pobre Adán, vivía muy aburrido. «¡Esto que me han dado a mí no es mujer!», pensaba.



«¡Nunca está en la casa, donde le corresponde, haciendo lo que le toca!». Y estaba tan aburrido, Adán, que fue a hablar con Dios y le contó las mil y una razones de su aburrimiento. Dios, que también era hombre, entendió el aburrimiento de Adán. Y le resolvió el problema fabricándole una mujer para él solito. Esa tarde, mientras Adán dormía la siesta, bajó Dios, le arrancó una costilla y creó a Eva. Nuestra madre Eva.

Cuando Lilith regresó de la selva, se asomó a la ventana de su casa, vio a Eva y celebró.

—¡Qué maravilla, una amiga para conversar!

Pero Adán le prohibió que tan solo se atreviera a dirigirle la palabra e instauró la distancia entre las dos mujeres.

Lilith se quedó mirando cómo Eva seguía a Adán a todas partes, era como su sombra y entendió que un ser así sería muy infeliz sobre esta tierra. Se metamorfoseó en serpiente y le ofreció una deliciosa manzana. Eva la probó, se la comió, casi toda, y la curiosidad se hizo en las mujeres. Y compartió Eva con Adán el poquito de manzana que quedó, por pura curiosidad.

Desde entonces hay dos tipos de mujer sobre la tierra: las hijas de Eva y las descendientes directas de Lilith. Y les toca a ustedes escoger en cuál de esos dos campos se ubican.

Un arrullo

En los primeros tiempos la memoria era corta y el olvido, largo; muy largo.

Nada se fijaba, todo partía.

Había que volver a empezar. Todos los días.

Llegaba la noche y lo borraba todo con su manto.

Los hombres veían con amargura cómo, con el día, lo vivido se desvanecía.

Allí estaba al final de la tarde el olvido largo, que llegó primero, con su boca llena de dientes dispuesto a devorarlo todo.

Decidieron los hombres que el mejor de ellos debía guardar lo que sabían, quedarse en la luz, derrotar el olvido. No iría a cazar, no trabajaría en el campo, no cocinaría, no procrearía, simplemente guardaría, para todos, lo que se conoce.

Y el mejor de los hombres resultó ser una mujer. La mujer aceptó el trato y se dio a la tarea de enfrentar el olvido. Pensó que debía experimentarlo todo.

Si un cazador descubría una nueva técnica, la aprendía. Si los niños inventaban un nuevo juego, lo jugaba. Si nuevos territorios eran hallados, los exploraba. Si una tristeza desconocida aquejaba a un ser, lo escuchaba.

Luego, para recordar, ponía todo en el mínimo de palabras. Siempre algo se escapaba; un gesto, un color, alguna latitud, un lamento. No era importante, el olvido perdía terreno. Estaban todos contentos. Y el mundo se fue haciendo más grande.

Se aventuraban cada vez más lejos, hacia fuera, hasta el infinito; hacia adentro, hasta la nada. La mujer conseguía guardar cada vez menos.

Y el olvido volvió a morder y a tragar.

Como había sido buena en el arte de la cocina, a la mujer se le ocurrió que, en lugar de enumerar y acumular, lo que tenía que hacer era reducir. Como cuando el fuego y el tiempo reducen los alimentos y los condensan, hasta atrapar la esencia del sabor.

Comenzaron a resultarle frases densas, que, algunas veces, no se entendían y parecían no contar nada, pero tenían sabor, olor, resonaban y permanecían.

Pensó que había que atrapar el vuelo de cada pájaro.

Cazar las huellas de los osos.
Darle una forma al tiempo.
Alcanzar la luz del silencio.
Y descifrar el parpadeo de las estrellas.



Nadie le entendía. —¿Cómo así? –le preguntaban–. ¿Qué hago con el vuelo de un pájaro? ¿Cómo lo atrapo? El pájaro, de algo me sirve, pero ¿el vuelo? ¿Qué puede haber en las huellas de los osos? ¿Qué formas puede tener el tiempo? ¿Cuál es la luz del silencio? Justamente –decía ella.

No entendían.

Se alejaron.

La dejaron sola con sus frases inasibles.

Ella insistía, seguía cocinando cada frase hasta la forma más simple que podía contener el hecho y sus tiempos, los sabores, los sonidos, las ausencias…

Cada vez estaba más sola.

Y dejó de creer.

Las frases olorosas, palpables, quedaron mudas, olvidadas.

La mujer volvió a cazar, a sembrar, a cocinar. Y quedó encinta.
En cuanto se enteró comenzó a hablarle a su vientre. Nombraba todo para que la criatura que le crecía fuera «el mejor», aquel que los hombres esperaban para vencer el olvido.

Dio a luz una niña que nació con los ojos abiertos.

Ella seguía nombrando, de noche y de día.

Y la niña:
No pensaba, no hablaba.
Repetía.
De noche y de día, repetía, repetía.

La mujer comenzó a preocuparse. Abandonó las enumeraciones ¿y la niña? Nada que dormía; los ojos abiertos.

De noche y de día, repetía, repetía.
Sin olvido, sin sueño.
De noche y de día, repetía, repetía. Sin sentido, sin pensamiento.
De noche y de día, repetía, repetía…

Un día la mujer tenía a la niña en sus brazos, agotada y sin sueño. La miraba, desconsolada, y de pronto, una de aquellas sabrosas frases abandonadas que contenían:

Del pájaro, el vuelo.
Del oso, la huella.
Del tiempo, una forma.
Del silencio, la luz.

Y de las estrellas, el parpadeo.

Ocurrió en su boca, como canción.

Por primera vez la niña se durmió.

El primer arrullo.

La mujer comenzó a componer canciones para que su hija durmiera. Y su hija comenzó a olvidar. Aprendió a hablar. Con las canciones, la niña consiguió destejer las frases y descubrió que, después del olvido, quedaba un rastro.

Al día siguiente leía el pájaro en su vuelo, el oso en su huella, el tiempo en sus formas, el silencio en su luz y leía el parpadeo de las estrellas. Les decía, a las personas, lo que habían olvidado.

La mujer observó lo que hacía su hija. Los reunió a todos y les dijo que cantaran para sus hijas, para sus hijos, a la hora del sueño. Así se entregaron todos al contagioso placer de la melodía y comenzaron a inventar canciones.

Con las canciones aprendieron, sin saberlo, lo que había que saber para recordar.

Caía la noche con su manto y borraba todo… ¿Todo? No. Al día siguiente la melodía había permanecido y en ella, los recuerdos. Los pensamientos tenían impulso y podían saltar del olvido a la memoria.

Desde entonces se cantan nanas, arrullos, tonadas, canciones de cuna.

Y el olvido no muerde.

La tejedora



Sis Sas, la tejedora que teje el mundo está muy vieja.

Ella teje: el árbol con el pájaro, el pájaro con el viento, el viento con la tierra, la tierra con el hombre, el hombre con la mujer, la mujer con el hijo, el hijo con la mujer, la mujer con el hombre, el hombre con la tierra, la tierra con el viento, el viento con el pájaro, el pájaro con el árbol… Ella teje.

Sis Sas, de noche y de día, teje.

Los tejidos de Sis Sas son frágiles, vitales y todo el tiempo se rompen. Ella tiene que repararlos, todo el tiempo.

Sis, Sas, de día y de noche.

Cada vez que se rompen se hacen más frágiles y más delicados, cada vez el hilo es más fino y cada vez es más difícil tejerlo.

Sis Sas está muy vieja y muy sola, tiene que conseguir un novio. Tiene que tener hijos, hijas, a los que les pueda enseñar a tejer el mundo. Pero Sis Sas está muy fea; ha perdido todos los dientes, tiene la cara llena de verrugas, todos le temen y le resulta difícil conseguir novio, conseguir aprendices. Los hilos están rompiéndose más rápido de lo que Sis Sas puede tejer.

Trabaja tanto tejiendo el mundo, tanto trabajo le damos que no a poder conseguir novio.

Si Sis Sas no consigue novio, si no hay quien aprenda y ella se muere, ¿quién va a tejer el mundo?

Fuentes

«La mujer y el río», a partir de un relato mítico de la cultura Lakota, América del Norte (hace parte del espectáculo «Cuentos para mujeres»).

«Los hijos de la reina», tradición indoeuropea (del espectáculo «A contraCuento»).

«El cuento de la niña mujer… mujer niña», tradición indoeuropea («A contraCuento»).

«La curiosidad femenina», a partir de la figura de Lilith, de la tradición mesopotámica y de una charla y un relato compartidos con Gloria Bejarano y María Victoria Estrada («Cuentos para mujeres»).

«Un arrullo», relato inédito, está inspirado en ese arte milenario de la canción de cuna (hace parte del espectáculo «Dar a luz», creado con Marta Gómez).

«Sis Sas» nace de un viaje que hice por el Amazonas, en busca de cuentos del fin del mundo y del maravilloso motivo mítico de tantos pueblos amerindios según el cual, el mundo es algo que se teje y desteje (pertenece al espectáculo «Palabra última»).

PALABRA ÚLTIMA

LOS QUE PERDIERON LA CABEZA

En la noche de los tiempos el mundo era pequeño y estaba formado por un bejuco grande, grande que se enrollaba dando vueltas y vueltas y más vueltas sobre sí mismo.

Había, sobre ese pequeño mundo, sobre ese enorme bejuco, algunos animales y en el cielo un sol que se encendía y era el día y se dormía y era la noche. Y había estrellas y nubes y nada más.

Una noche, el bejuco, soñó y aparecieron los primeros seres, que eran femeninos y se llamaban las ♐♓♒⬧❄❂●⌘♌. Sí, así se llamaban y su nombre no se podía pronunciar. Luego aparecieron los segundos seres que eran masculinos y se llamaban los ♐◆🌢♑□♒⌘⌧■, así se llamaban y su nombre tampoco se podía pronunciar.

Las ♐♓♒⬧❄❂●⌘♌ y los ♐◆🌢♑□♒⌘⌧■ crecieron, y vivieron juntos mucho tiempo. Ellos pensaban, imaginaban, soñaban que se conocían pero a decir verdad era poco lo que sabían los unos de los otros. Un día, una ♐♓♒⬧❄❂●⌘♌ perdió la cabeza por un ♐◆🌢♑□♒⌘⌧■. La cosa no duró mucho pero fue suficiente. Ella fue y le contó a las demás lo que le había ocurrido. Un ♐◆🌢♑□♒⌘⌧■ las oyó y le contó a sus semejantes el acontecimiento. Por la noche los sueños de todos se mezclaron y al día siguiente, sin ponerse de acuerdo, decidieron todos perder la cabeza. Se fueron hasta los árboles que crecen a la orilla del río y le dijeron a la cabeza

que se quedara abajo y recogiera las guayabas que iban a tumbar.



Comenzaron a tumbar guayabas, la cabeza iba de un lado a otro recogiéndolas y haciendo montoncitos, pero cada vez le tiraban las guayabas más lejos, y más lejos: allá, del otro lado de la trocha. Allá, detrás de los matorrales. Allá, al borde el río. Allá, en medio del caudal. Allá, en la otra orilla… Cuando vieron que la cabeza estaba lejos se bajaron todos y, a la carrera, se fueron a la aldea y se metieron en las casas, cerraron las puertas y pasaron las trancas. Estaban felices, habían perdido la cabeza. Se entregaron a la realización de sus sueños.

La cabeza regresó a la aldea y se fue golpeando de puerta en puerta. Pero nadie le abría, nadie quería saber de ella. Como ya dije: habían perdido la cabeza.

Triste y desconsolada la cabeza se sentó y se puso a pensar.

Si me convierto en agua me beberán.

Si me convierto en tierra me pisarán.
Si me convierto en cueva me habitarán.
Si me convierto en vaca me ordeñarán.
Si me convierto en yuca me comerán.
Si me convierto en ave me cazarán.

Y siguió pensando, la cabeza, hasta que al fin algo se le ocurrió. Fue a la primera casa y pidió que le pasaran su hilo blanco, su hilo negro y sus agujas de tejer. —¡No queremos saber nada de la cabeza! –respondieron, los que habían perdido la cabeza–.

—¡Quiero mi hilo blanco, mi hilo negro y mis agujas de tejer! –insistió la cabeza y siguió insistiendo hasta que los que habían perdido la cabeza dejaron de oír, por un instante, las músicas del amor y le pasaron, a través de un agujero, el hilo blanco, el hilo negro y las agujas de tejer. La cabeza se retiró a un claro y allí se puso a tejer y a subir, a subir y a tejer, a tejer y a subir, a subir y a tejer… Y cuando estaba bien alta se volvió luna.

Por la noche, los que habían perdido la cabeza se asomaron al cielo y vieron la Luna.

Poco tiempo después una ♐♓♒⬩❄❁●⌘♌ comenzó a engordar y luego otra y después la otra y todas estaban barrigonas, barrigonas y cuando ya sentían que iban a reventar, a todas les nacieron hijos.

En poco tiempo, los que habían perdido la cabeza se duplicaron, triplicaron, cuadruplicaron…

Gracias a la influencia de la Luna, el bejuco se puso a crecer y a medida que crecía iba dejando huecos por los que, de vez en cuando, se perdía un ♐◆⧫♑❑♒⌘⌧■ o una ♐♓♒⬩❄❁●⌘♌ y jamás se volvía a saber de él o de ella.

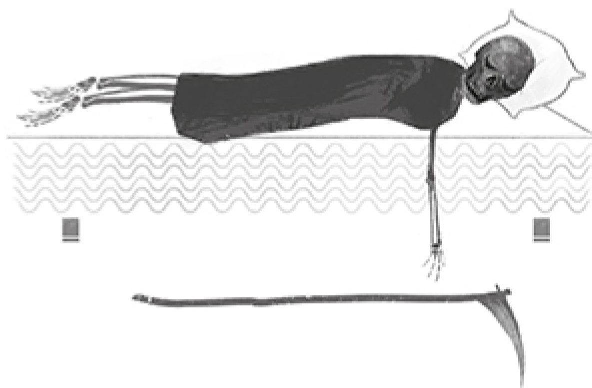
Los que habían perdido la cabeza siempre creyeron que el mundo empezaba y terminaba con ellos. Desde hace unas cuantas lunas vienen soñando que el mundo se va a acabar. Tienen miedo, terror y pánico creen que mañana, el bejuco se va a reventar.



EL PEQUEÑO FIN Y EL GRAN FIN

Dioses y diosas crearon el Pequeño Fin, el Fin cotidiano. Tiene cara de vieja y cuerpo de gigante. Es hombre y mujer a la vez. Es y no es al mismo tiempo. Tiene la facultad de asustar a todo el mundo, menos a los niños, niños. Nunca anuncia cuándo va a llegar. Se alimenta de todo lo que está vivo. Es el Pequeño Fin, el Fin cotidiano, de todos los días.

Tiene muchas piernas y se mueve muy rápido. Tiene muchos brazos y es capaz de abarcar muchas cosas al mismo tiempo.



No se puede quedar quieto porque si lo hace, la rueda del mundo dejaría de girar.

Siempre tiene hambre.

A veces come demasiado, de una sola vez, entonces ocurren los desastres y las grandes guerras. Las pestes y las grandes enfermedades.

Algunas mujeres y algunos hombres, no todos, han aprendido a vivir con el Pequeño Fin, a pesar del miedo, a pesar de la tristeza.
Otros han decidido no resignarse y le han declarado la guerra a ese Pequeño Fin, que los separa y les da tantas penas y trabajos. Desde siempre han soñado con el fin del Pequeño Fin. Pero también, de la misma manera y en la misma medida, se han dedicado a adorarlo, a adularlo y han tratado de domesticarlo.

Allá arriba, dioses y diosas también trabajan, están imaginando el Gran Fin y esperan tenerlo listo pronto, por si un día los hombres y las mujeres logran derrotar al Pequeño Fin.

El Gran Fin es una boca negra donde cabe todo lo que se mueve.

Donde terminan y empiezan todas las cosas.
Donde todo puede ser y no ser a la vez.

El hombre que cuenta

Allá, donde la Tierra termina, hay un hombre sentado frente al Mar.

El hombre habla. Le cuenta al Mar el origen del mundo, el nacimiento de las aguas, la aparición de la tierra y el crecimiento de las montañas.

Le dice el nombre de cada árbol, de cada pájaro, de cada pez.

Le cuenta la historia de la primera mujer y del primer hombre. La historia del primer amor.

La historia del primer nacimiento y aquella de la primera muerte.

Todo se lo cuenta. Y cuando no puede contarle otra cosa, le cuenta que está contando. Y, si no puede contar que está contando, inventa otros orígenes, otros mundos, cuenta cuentos nunca oídos, cuentos que nunca más se volverán a escuchar.



No se calla. Siempre hay algo que contar.

El viento y las olas acompañan sus relatos. El río le da de beber. Los pájaros, los peces, los cangrejos y los caracoles lo alimentan.

A fuerza de verlo ahí, sentado, hablando sólo, sin que nadie le responda, algunos han terminado por creer que está loco y lo han abandonado. Otros le traen de vez en cuando una que otra historia. Y hay quienes lo acompañan y se sientan a escucharlo. A pesar de los primeros, con los segundos y para los terceros, el hombre sigue contando.

El Mar es niño, un niño inquieto y fuerte que no deja de crecer. Las palabras del hombre lo calman, hacen que se hamaque en sus olas, que suba y baje en regulares mareas, que se arrulle con su murmullo constante.

Cuando el hombre se detiene a comer, a beber, a dormir, cuando se cansa de estar sentado y camina un poco, se desencadenan las tempestades, los huracanes, los tifones y las grandes marejadas. Se enfurecen las aguas del mundo y devoran los barcos y devoran los puertos.

Con sus palabras, con sus historias, el hombre calma al Mar. Él no lo sabe. Si alguien le pregunta por qué cuenta, no sabrá responder. Solo sabe que debe contar, que nació para contar.

Si un día el hombre decide no hablar más, si sus palabras se agotan, si se le acaban las historias, si los hombres y las mujeres lo abandonan, si lo abandona el río, si lo abandonan los pájaros, los peces, los cangrejos y los caracoles, si el Mar crece y se olvida de ser niño, si decide no escucharlo más, se desencadenará la fuerza contenida en los elementos y el mundo que conocemos desaparecerá.



Fuentes

«Los que perdieron la cabeza» está inspirado en un motivo mítico y en un poema de la tradición tikuna de la Amazonía.

«La tradición» viene de un cuento que tiene orígenes en las tradiciones de la cuenca del Mediterráneo.

«El Pequeño Fin y el Gran Fin» está inspirado en la figura de la muerte presente en todas las tradiciones.

«El hombre que cuenta» también tiene sus orígenes en las tradiciones de la cuenca del Mediterráneo.

LIBRO AL VIENTO

Colección Universal
Es de color naranja y en ella se agrupan todos los textos que tienen valor universal, que tienen cabida dentro de la tradición literaria sin distinción de fronteras o épocas.

Colección Capital
Es de color morado y en ella se publican los textos que tengan como temática a Bogotá y sus alrededores.

Colección Inicial
Es de color verde limón y está destinada al público infantil y primeros lectores.

Colección Lateral
Es de color azul aguamarina y se trata de un espacio abierto a géneros no tradicionales como la novela gráfica, la caricatura, los epistolarios, la ilustración y otros géneros.



TÍTULOS MÁS RECIENTES

2011

84 Ficções. Ficciones desde Brasil
Joaquim Maria Machado de Assis, Afonso Henriques de Lima Barreto, Graciliano Ramos, Clarice Lispector, Rubem Fonseca, Dalton Trevisan, Nélida Piñón, Marina Colasanti, Tabajara Ruas, Adriana Lunardi

85 Lazarillo de Tormes
Anónimo

86 ¿Sueñan los androides con alpacas eléctricas?
Antología de ciencia ficción contemporánea latinoamericana
Jorge Aristizábal Gáfaro, Jorge Enrique Lage, Bernardo Fernández bef, José Urriola, Pedro Mairal, Carlos Yushimito

87 Las aventuras de Pinocho
Historia de una marioneta
Carlo Collodi
Traducción de Fredy Ordóñez

88 Recetario santafereño
Selección y prólogo de Antonio García Ángel

89 Cartas de tres océanos 1499-1575
Edición y traducción de Isabel Soler e Ignacio Vásquez

90 Quillas, mástiles y velas
Textos portugueses sobre el mar

91 Once poetas brasileros

Karina Pacheco, Diego Trelles Paz,
Gustavo Rodríguez, Raúl Tola

100 Tres cuentos y una proclama
Gabriel García Márquez

101 Crónicas de Bogotá
Pedro María Ibáñez

102 De mis libros
Álvaro Mutis

103 Carmilla
Sheridan Le Fanu
Traducción de Joe Broderick

104 Caligramas
Guillaume Apollinaire
Traducción de Nicolás Rodríguez
Galvis

105 Fábulas de La Fontaine
Jean de La Fontaine

106 Breviario de la paz

107 Tres cuentos de Macondo y un discurso
Gabriel García Márquez

108 Carta sobre los ciegos para uso de los que ven
Denis Diderot
Traducción de Nicolás Rodríguez Galvis

109 Bogotá contada 2.0
Alberto Barrera Tyszka, Diego Zúñiga,
Élmer Mendoza, Gabriela Wiener, Juan
Bonilla, Luis Fayad, Pablo Casacuberta,
Rodrigo Hasbún, Wendy Guerra

110 50 POEMAS DE AMOR COLOMBIANOS

122 Once poetas franceses
Selección y prólogo de Anne Louyot
Traducción de Andrés Holguín

123 «Piel de asno» y otros cuentos
Charles Perrault
Traducción de Mateo Cardona
Ilustrados por Eva Giraldo

124 Bodas de sangre
Federico García Lorca

125 Maravillas y horrores de la Conquista
Comentarios y notas de
Jorge Orlando Melo

126 Bogotá contada 4
Eduardo Halfon, Horacio Castellanos, Hebe Uhart, Marina Perezagua, Edmundo Paz Soldán, Lina Meruane, Ricardo Cano Gaviria

127 La historia del buen viejo y la bella señorita
Italo Svevo
Traducción de Lizeth Burbano

128 La marquesa de O.
Heinrich von Kleist
Traducción de Maritza García Arias

129 Juan Sábalo
Leopoldo Berdella de la Espriella
Ilustrado por Eva Giraldo

130 Arte de distinguir a los cursis
Santiago de Liniers
& Francisco Silvela

131 Versiones del Bogotazo



COMPARTE LIBROS

que después de ser leídos, deben quedar libres para llegar a otros lectores, y te deja entrar gratis a una biblioteca digital con la mejor literatura.

* * *

Escanea el código, ingresa a la biblioteca y deja volar tu imaginación.





LA DICHA DE LA PALABR A DICHA
DE NICOLÁS BUENAVENTURA
FUE EDITADO POR EL INSTITUTO
DISTRITAL DE LAS ARTES - IDARTES
PARA SU BIBLIOTECA LIBRO AL VIENTO,
BAJO EL NÚMERO CIENTO TREINTA
Y CUATRO, Y SE IMPRIMIÓ EN EL MES
DE NOVIEMBRE DEL AÑO 2018
EN BOGOTÁ.

«Son muchos los libros que hacen un libro y está hecha cada palabra de muchas palabras. Este libro, hecho de varios libros, nace de palabras ancestrales [...] Son palabras que vienen de mundos distintos [...] y tienen en común esa secreta dicha de la palabra dicha».

N. BUENAVENTURA, en el prólogo

Para pequeños lectores

LIBRO AL VIENTO INICIAL

El Instituto Distrital de las Artes - Idartes le recuerda que este ejemplar de *Libro al Viento* es un bien público. Después de leerlo permita que circule entre los demás lectores.

«Las palabras, aburridas de nombrar, decidieron ser nombradas: dijeron mujer, dijeron hombre, y las palabras mujer y hombre caminaron, se encontraron, se nombraron y se amaron. [...] Y sentados alrededor de la palabra fuego, las mujeres y los hombres se contaron las primeras historias».

NICOLÁS BUENAVENTURA







